

1999

Notas sobre autobiografía, psicoanálisis y género epistolar

Carlos D. Pérez

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Pérez, Carlos D. (Primavera-Otoño 1999) "Notas sobre autobiografía, psicoanálisis y género epistolar," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 49, Article 62.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss49/62>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

NOTAS SOBRE AUTOBIOGRAFÍA, PSICOANÁLISIS Y GÉNERO EPISTOLAR

Carlos D. Pérez

Círculo Psicoanalítico Freudiano de Buenos Aires

La cuestión autobiográfica presenta, de comienzo, la dificultad de suponer a un sujeto ensimismado, extrayendo de la sola intimidad algo sustancial de su vida. A poco que nos detengamos a considerarla, advertimos que no hay modo de soslayar la evidencia de alguien o algo más, innominado o reconocible, plural o singular, que impone a esta modalidad un mínimo de tres términos: el sujeto en cuestión, un incierto destinatario y el testimonio mismo, condición de posibilidad para cualquier circunloquio.

Me remito al siguiente ejemplo: Hace un tiempo recibí una carta con reflexiones que una mujer hace acerca de sí misma. Residente en una ciudad alejada de Buenos Aires, en otra época visitó mi consultorio de psicoanalista. Entre otras cosas leo: “Con respecto a la soledad, soy bastante ridícula y absolutista, comienzo a sentir que este silencio que me rodea será por los días de los días y quedará confinada a vivir solita, solita, sin que me pase nunca más nada”. Ella es la primera en alertarse, algo le sabe ridículo y no deja de considerarse con alguna distancia, reiterando el **solita**, subrayando en diminutivo. El asunto es que escribe invocando a alguien extraño, íntimo desconocido al que envía las palabras que al apuro de esa soledad rescata. Freud denominó “transferencia” a este acontecimiento, del que no es dable sustraerse, por el que hasta la palabra soledad y la aparente soledad de la palabra son ineludible apelación a otro. De allí que pueda afirmarse que un psicoanálisis consiste en el arte de posibilitar una formulación autobiográfica que se diga a sí misma, donde el analista tiene por misión ser sostén transferencial para el desarrollo de un sujeto reflexivo.

Cuando en un escrito alguien refiere su soledad, de inmediato acontece un desdoblamiento: la soledad como situación vital es asunto de escritura,

y si esto ocurre se pasa a un orden distinto. Alejandra Pizarnik supo captarlo admirablemente: “La soledad no es estar parada en el muelle, a la madrugada, mirando el agua con avidez. La soledad es no poder decirla por no poder circundarla por no poder darle un rostro por no poder hacerla sinónimo de un paisaje”¹. Mientras sea de este modo proferida, el acto de escritura libera al sujeto de la soledad a secas. Siendo la palabra símbolo de ausencia ante la cosa real, escribir la soledad equivale a exonerarla; a solas sí, pero no sola.

Un psicoanalista en función de tal, aunque sea como alejado destinatario de una carta, puede ser experimentado como puro sostén de la formulación autobiográfica en los raros momentos — menos raros por lo infrecuentes que por lo impredecibles — en que el análisis toca su fin, su finalidad: que un sujeto, verdaderamente, hable, despejando una cifra inconsciente. Antes que ello, el analista resulta alguien no sólo enigmático, también se le supone atesorando el secreto que el paciente ignora, quien mucho habrá de transcurrir hasta ganar conciencia de que en verdad se trata de recrear una historia en el espacio transferencial.

En el párrafo de la carta antes citada, la mujer escribe su soledad; antes, al comenzar la redacción, comentaba la reiterada lectura de una previa carta mía: “He terminado de leer tu carta, me emociona mucho hacerlo; hace un año lo hago y siempre termino con esta misma sensación de inquietud: que allí dice algo que no comprendo, que vos sabés algo por ver desde fuera lo que no llego a atar, a unir. Y al ver esos sueños (que transcribe aparte) percibo que continúan aquellos que te había mandado pero ya no recuerdo. Hay algo que se puede leer pero yo no, me duele el pecho”. Sin caer en la simpleza de suponer al analista como la sumatoria del conocimiento infiere, con inteligencia sutil, que el privilegio del analista consiste en “ver de fuera” y desde allí bascula en incertidumbre; algo de lo dicho por el analista permanece desatado, hasta olvidado. Importa destacar esta alternancia: los cabos sueltos están ahí, expuestos a la mirada múltiple como una angustia que duele el pecho.

¿Cómo no hipotetizar que todo emprendimiento autobiográfico padece esta presunción angustiada? El escritor no se limita a redactar algo sabido con anterioridad; recién cuando su palabra retorna, merced al pulso inverso de una intervención, logra una forma para su historia, tan diversa como polifónica pueda ser la lectura. En el entrecero de los tres términos: **sujeto-obra-anónimo destinatario**, al establecerse un circuito, la obra alcanza a quien le diera forma, constituyéndolo en **autor**.

Si en un psicoanálisis hay una suerte de continua reescritura — por cuanto una y otra vez se vuelve a las mismas cuestiones según la premisa fundamental de decir todo lo que acuda a la conciencia —, la historia se mantiene palpitante mientras permanezca abierta a la lectura renovada.

El paso del tiempo produce una decantación: de lo mucho por muchos escrito la mayor parte se pierde o disgrega, otras veces se cierra en alguna

forma canonizada y a la obra que permanece la llamamos clásica.

He distinguido el acontecer de un análisis como una reescritura efectuada sesión a sesión, mientras la obra escrita permanece gracias a la variada relectura. En medio de ambas está el modo epistolar. La autobiografía, las cartas y el psicoanálisis precisan del ubicuo destinatario que soporte al sujeto en su afán de alcanzar a decir lo suyo, apropiándose hasta donde le sea dado de una historia que inventa al momento en que la recrea.

Caído en desuso debido al creciente imperio del adelanto tecnológico en comunicaciones, ocupó un lugar destacado en la producción de Freud y otros pensadores de la época. Hoy son pocos quienes confieren privilegio al interlocutor físicamente ausente que vuelve factible, imperioso volcar en escritura lo que de otro modo tendría vedado acontecer, incluso en el diálogo personal, incluso en el cavilar individual.

A Freud le fueron necesarios catorce años de correspondencia epistolar con su amigo Wilhelm Fliess para que lograrse dar forma a una de las escrituras autobiográficas más importantes que tengamos noticia, por lo que llegó a saber de sí y por la decisiva consecuencia teórica de ello: la invención del psicoanálisis. Si la obra de Freud destaca, por sobre distintos atributos, el constituir algo palpitante, rebelde al encasillamiento en la letra muerta del dogma, sus cartas agregan a ello la frescura de ocurrencias que sentimos latir sin otra mediación.

¿En qué lugar sino en una carta encontraríamos palabras como las que siguen, dedicadas a Romain Rolland?: “Como me aproximo al inevitable fin de mi existencia, que me ha venido a recordar aún otra operación, y como sé que probablemente no volveré a verlo, me atrevo a confesarle que raramente he experimentado esa misteriosa atracción de un ser humano hacia otra tan vívidamente como con usted. Quizá se deba a que me doy cuenta de que somos tan profundamente distintos. ¡Adiós! Suyo Freud”².

El atrevimiento indispensable para manifestarlo tal vez no provino sólo de que no habría de encontrarse con el amigo epistolar. Freud se atreve — arriesgo — debido a que al escribirle tampoco lo tiene ante sí. La carta hace factible destinarle a alguien, Romain Rolland en este caso, el saber de la misteriosa atracción ejercida por el talento disímil. El psicoanálisis está íntimamente emparentado con esta modalidad, salvo que la interpretación, recibida a vuelta de correo, apunta a despejar enigmas para que el interesado continúe la redacción autobiográfica.

Tanto de un tratamiento psicoanalítico como de una formulación autobiográfica puede inferirse esta secuencia: algo vivido, con el tiempo decanta en recuerdo y llega el momento en que alguien se dispone a revivir lo acontecido, mediante un tratamiento o un ejercicio de escritura. Pero, retomando la apreciación de comienzo, a poco que nos detenemos a considerar esta situación las cosas se presentan menos sencillas. La circunstancia de que el sujeto necesite de la escucha del analista o la presencia potencial de

un lector y deba entregarse a un acto de palabra, volcándola al papel o al silencio del consultorio, nos hace ver que se despliega una escena, con protagonista, texto y público. Nada más alejado que algo así de una supuesta introspección que devolviese la fidelidad del pasado.

En opinión de Freud, la memoria de acontecimientos de nuestra historia que perduran en la conciencia está constituida por “recuerdos encubridores”. Suelen ser escenas fragmentarias, a veces de apariencia insignificante: un paseo, el color de un mantel, la expresión de alguien que parece llegada al azar. Analizando estas situaciones, Freud concluye que se trata de descentramientos cuyo núcleo se mantiene en clave pero reprimido, a la manera de un sueño, en alguna minucia del recuerdo. Y al querer recordar, el sujeto abre un espacio imperceptible pero decisivo entre su presente y el momento que viene a su memoria. En consecuencia, Freud afirma³: “Toda vez que dentro de un recuerdo la persona propia aparece como un objeto entre otros objetos, es lícito aducir esta contraposición entre el yo actuante y el yo recordador como una prueba de que la impresión originaria ha experimentado una refundición”. Con lo que llega a lo siguiente: “Acaso sea en general dudoso que poseamos unos recuerdos conscientes de la infancia, y no más bien, meramente, unos recuerdos sobre la infancia... los recuerdos de infancia no **alforaron**, como se suele decir, sino que en ese momento fueron **formados**”, y no duda en afirmar que esta formación equivale a una “creación literaria”.

Es por ello que el escritor dispuesto a narrar su vida, como la persona en análisis, está creándola retrospectivamente a medida que da cuenta de ella. Quien no alcanza este arte mediante escritura, análisis o como fuere, corre el riesgo de no ser más que una estatua de sí mismo.

NOTAS

1 “La palabra del deseo”, en *El infierno musical*. Obras completas. Editorial Corregidor, Buenos Aires, 1993.

2 *Epistolario*. Carta de mayo de 1931. Biblioteca Nueva, Madrid, 1963.

3 *Sobre los recuerdos encubridores*. Tomo III de las Obras completas. Amorrortu, Buenos Aires, 1981.